

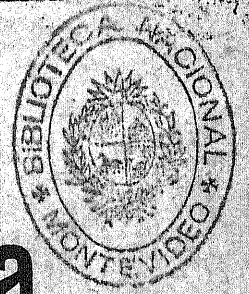
~~2-24-25~~

TRASLADO 1966

R/12/11

I. MONTEVIDEO, MAYO 1.º DE 1900

NUM 1



Revista Literaria

DIRECTOR: BAUL MONTEBO BUSTAMANTE

REDACTOR: EDUARDO RICHLING (HIJO)

SUMARIO

...fra página—Revelación—Una noche en M...—Pastor
...ligado—Borriones—Sigamos—Gotas de ajeno—A mi
...esa—De mi tierra—Confesión—El ultimo ensueño—
...as de redacción.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALLE RINCON, 51

REVISTA LITERARIA

AÑO I N.º 1

Montevideo Mayo 1 de 1900

TOMO I

PRIMERA PÁGINA

La «REVISTA LITERARIA» ocupa desde hoy su puesto en el periodismo. Su bandera es amplia, á su sombra tiene cabida todo lo que represente un esfuerzo intelectual. Su divisa es generosa, no obliga á exclusiones, ni á intransigencias injustas.

Nos alienta un propósito, nos dirige un ideal. Queremos propender en algo—en la medida de nuestras fuerzas—á levantar el espíritu literario, hártamente decaído de nuestra juventud.

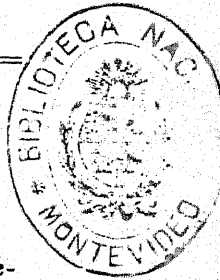
De ahí, del convencimiento de la bondad de nuestros fines, es que se deriva nuestra audacia, al presentarnos sin mas mérito que nuestra voluntad—en nuestra desnudez intelectual—ante la crítica.

Pero tenemos fé. Esperamos del porvenir.

Queremos que nuestro periódico, sea ante todo un reflejo de nuestra intelectualidad joven; que en sus páginas brillen nombres que permanecen oscuros, talentos que viven anónimos, por la falta de facilidades, que desgraciadamente en nuestra tierra se dán á los principiantes en Arte ó en Literatura.

Y para ello contamos con el concurso de la juventud que siempre ha sido generosa, que jamás ha permanecido impasible ante el esfuerzo y antes por el contrario, le ha prestado su adhesión y su ayuda. Y la juventud nos acompañará, tenemos ese profundo convencimiento, y una prueba de ello, es nuestro primer número, en que aparecen distinguidos representantes de la generacion nueva.

Eso no quiere decir que el elemento maduro,—los viejos maestros—no tengan cabida en nuestras páginas; no, muy al contrario, siempre que se nos haga el honor—honor que por otra parte solicitaremos,—de dársenos colaboración, la «REVISTA LITERARIA» se presentará de gala.



Precisamente del prestigio de sus nombres pende el porvenir de nuestro periódico.

La juventud intelectual americana nos acompaña en nuestra tarea.

De todas las Repúblicas del continente nos llegan frases de aliento, promesas halagadoras, colaboraciones, palabras de amistad y simpatía. Nuestras páginas serán honradas con firmas distinguidas. Al número ya grande de colaboradores nacionales, tenemos que agregar los nombres respetados de literatos extranjeros que nos prometen su ayuda.

Confiados, ingresamos pues en el periodismo, refundiendo en estas líneas, nuestros sentimientos de profunda gratitud, á todos los que nos han alentado en nuestra empresa y han cooperado á su realización y enviando á la prensa en general y a nuestros lectores un saludo afectuoso.

Montevideo Mayo 1 de 1900

REVELACION

A JUAN C. BLANCO ACEVEDO.

I

Que el niño estaba muy grave, no había duda alguna, pero en lo que no estaba de acuerdo Juana, era en que la enfermedad fuera la que le atribuía el doctor Collins; sus motivos poderosos debía tener para ello, y estos eran los que se empeñaban en conocer su anciana madre y su hermana Elina, pues, ambas, no parecían conformarse con los que ella manifestaba y presumían que los verdaderos los mantenían cuidadosamente ocultos.

El caso era, que Juana había despedido al doctor Collins—sin darle más explicaciones que las que exige la buena educación y son de orden, en igualdad de casos, entre personas bien nacidas—sin tener en cuenta, al parecer, para nada, el hecho de que aquel hubiera sido el mé-

dico de su esposo durante la terrible enfermedad que concluyó con él, ni de que se hubiera sacrificado, aunque en vano, de un modo increíble por arrancarle de la muerte, ni tampoco de que el extinto marido le hubiera profesado á ese médico ciega fé y leal cariño.

La madre y la hermana de Juana, y el doctor Collins, no desconocían el derecho que esta tenía de llamar al médico que mejor le pareciera, pero creían ver, cuando menos ingratitud de su parte, y este último opinaba además, tenazmente, que circunstancias muy especiales debían influir en el ánimo de Juana para que atendiera sus indicaciones y consejos: Según él, la enfermedad que aparecía en el niño causando tanto disgusto y alarma, era herencia del padre.

Después de aquella despedida, Juana había llamado al doctor Argo, quien se había hecho cargo del pequeño enfermo, declarando que la dolencia de éste, no era la que le atribuía el doctor Collins, ractificando de ese modo en ella la suposición de que Collins estaba en un error.

—Le he visto quedarse tan preocupado con la enfermedad de mi marido—decía á Elina—que llegué á suponer que impresionado se equivocaba, creyéndola en el niño: y una vez que una madre supone que el médico se equivoca, no puede, no tiene fuerzas para adandonarle á su hijo.

Elina creía que todo eso, no eran sino extravíos de la imaginación, que era apoyarse en presentimientos injustificados y que el doctor Collins debía saber muy bien lo que decía, pues, la superioridad que la práctica le concedía sobre el doctor Argo, era inconcusa.

Al cabo de mucho discutir, Elina y su madre habían conseguido, como transacción que se celebrara una consulta entre los dos médicos. Juana le temía al resultado, porque el talento y la elocuencia del que fué médico de su marido eran muy capaces de arrastrar á la opinión del doctor Argo, jóven médico, también de reconocido talento, pero algo débil y tornadizo. Apesar de todo, no tuvo mas que ceder.

II

En el confortable saloncito, Juana, presa de una angustia-desesperante, esperaba el resultado de la discusión, que, hacía muy cerca de una hora mantenían los doctores en la pieza inmediata.

—¡No puede ser, no puede ser!; exclamaba de tarde en

tarde, como contestándose á interiores pensamientos, y, ya se sentaba en un sillón, pensativa, ya se paseaba de un lado á otro, deteniéndose á ratos frente á la puerta de la estancia donde se hallaban los médicos ó dirigiendo una furtiva mirada al espejo de la dorada consola. Después de cada:—«¡No puede ser, no es posible que le convenza!» parecía tranquilizarse un poco y era entonces curioso el cambio que se observaba en su fisonomía: desaparecían los marcados signos de ansiedad y adquiría una expresión marcadísima de resolución, de firmeza, de severidad que no quitaba ni disminuía—antes por el contrario—corroboraba la hermosura del rostro oval y de los ojos claros sobreados por delicadas pestañas negras.

La puerta se abrió, por fin, y en su marco apareció el doctor Collins. Al oír el ruido del pestillo, Juana diose vuelta con precipitación y le vió que antes de dirigirse á ella, aquel volvía á cerrarla con cuidado. Iba á interrogarle pero, se contuvo y esperó á que él hablara primero. El doctor Collins dió varios pasos y se detuvo apoyándose en un sillón, llevó instintivamente la mano á los lentes, acariciase las largas gias de su negro bigote con movimientos de hombre jóven que se preocupa de producir buen efecto y mirando á Juana que le observaba atentamente preguntó con el mayor respeto:

—La justa ansiedad que por el estado del niño debe embargarla ¿le permite á usted distraer cinco minutos para oírme con paciencia y darme después una explicación? Ricardito, por ahora, no reclama sus cuidados; mi compañero el doctor Argo se halla con él...

Supongo que no tendrá usted la crueldad de distraerme por más tiempo del que me pide?, contestó Juana llena de curiosidad. El jóven doctor hizo un gesto amable de asentimiento.

—Usted conoce, señora,—comenzó diciendo—todos los esfuerzos que hice por salvar de la muerte á su esposo; usted no ignora todo el cariño que llegué á profesarle y que él inspiró por su carácter y por su corazón. Pues bien, yo de ningún modo he considerado nunca satisfecha la deuda de gratitud que con él tenía pendiente... apesar de haber hecho, además de los esfuerzos que he dicho, el inmenso sacrificio, que talvez no tenga necesidad de mencionar en este momento, porque usted no lo olvida quizá y puede valorarlo;—para mí ha sido el más grande, el mayor

de todos, el que no puede oscurecerse con ningún otro que haga en adelante...—El doctor Collins hizo una breve pausa, para poder observar el efecto de sus palabras: Juana había bajado la vista, pensativa, y sus mejillas habían enrojecido. El doctor Collins continuó:—Y no disminuye en lo más mínimo el valor de ese duro sacrificio, el hecho de que la iniciativa partiera de usted....—Y como Juana levantara la vista para mirarle se interrumpió:—¿Acaso yo no lo comprendí?... Ambos pensábamos lo mismo con molestia; usted pronunció la primera palabra.....,—una palabra sin sentido para otro que no fuera yo—; desde entonces, juzgué que el no hacerlo sería convertirme en el más despreciable de los hombres, comenzando á serlo ante mi conciencia y ante sus ojos.... Confieso que el dolor fué grande, pero, también confieso, si, porque es justo, que aquí en el fondo, en lo más íntimo de mi alma, sentía una secreta tranquilidad, y cuando entraba en esta casa para prestarle á su esposo los auxilios de la ciencia que aprendí, estrechaba la mano de él con más franqueza y no equivocaba la mirada de sus ojos, porque un gran dolor me oprimía el corazón y era la penitencia que me purificaba!.. ¡Yo puedo decir que hay á veces en el dolor un refinado placer, y un acicate que nos impele á hacer el bien!

Juana se apoyaba en la consola, oculto su rostro entre las manos. Collins prosiguió:

—Y ahora, después de haber cumplido con mi deber hasta el final, después de haber salvado todos los escollos en su cumplimiento, cuando se presenta un nuevo motivo para rendir á la memoria del que fué su esposo este otro pequeño tributo—sin tanto dolor para mí... y sin tanto peligro—usted me cierra las puertas de su casa y me lo impide... y me separa! He querido preguntarle á usted la causa.... porque su actitud me pesa como un doloroso reproche y tanto más martirizante cuanto más injusto.... ¿Qué motivo puedo haber dado?...

Se sucedió un pequeño silencio molesto, que por último rompió Juana diciendo con voz desfalleciente:

—¿Por qué habla usted de eso?... Collins vió, con sorpresa, que Juana tenía los ojos llenos de lágrimas

—¿Por qué? ... ¿No lo entiende? Porque veo casi con desesperación que usted se empeña en separarse de mí! He querido recordarla que algo muy fuerte nos ha unido estrechamente....; y, sobre todo, que después de haberme

usted ayudado à seguir por la senda del bien, no debe prohibirme el placer de salvar con mi esfuerzo al hijo del que fué mi amigo, ya que no pude hacerlo con él mismo..... ¡Por qué!.. Porque necesito decirlo, porque aún contra mi pesar una fuerza me obliga à hacerlo.... Cuando entré en esta sala, creí que no hablaría de eso... pero, ¡ya vé usted.....! Y es que, yo ya no se lo que me pasa, no, no lo se muy bien... Quisiera borrar con mi sangre el mal que le hice à su marido—porque el mal se lo hice yo.... usted nó, usted no tuvo culpa ninguna—; pero, al mismo tiempo preciso es que lo confiese, mi pensamiento y mi corazón se han mantenido, desde entonces, solo con el recuerdo dulcísimo de aquel mal, de aquella falta!.. Perdóneme usted; en estos momentos no puedo, ni debo, hablarla de eso: usted está, lógicamente, intranquila por la enfermedad del niño, de Ricardito..... Es necesario, que yo siga un poco más, todavía, ocultando mi dolor y dirigiéndome à usted como à una señora con quien ningún vínculo me une; perdóneme, yo, solo debo pedirla, respetuosamente, que no me separe, que me permita tener, ante sus ojos, el mérito de ser el salvador de su hijo; será un título que luego haré valer presentándolo à su corazón, que parece haberse endurecido para mí....

—¡Salvarle! Me parece que no vá usted por el camino de hacerlo.... Nó, no, perdón, no por maldad, ni porque sea usted incompetente, sino por un error casual, sincero. Le he separado à usted, por eso, de la cabecera de mi hijo, porque creo que se equivoca. En cuanto à separarle de mí no tengo ya motivo para hacerlo, como tampoco lo tiene usted para pretender ser mi allegado. Un día si, es verdad despues de haber llegado hasta donde jamás debí— por prohibírmelo el honor, que, yo guardaba, de mi marido y mi deber—traté de alejarle y usted accedió: era su deber y el mío. Yo tenía que romper con usted todos, todos los lazos....

—Permitame.... Disculpe que la interrumpa, pero, no me es posible dejarla continuar, y yendo por partes, dígnese decirme ¿por qué cree usted que me equivoco en la enfermedad de su hijo?... Durante la enfermedad de su esposo de usted, el niño ha estado ausente de la casa, y una vez que su esposo dejó de existir usted mudó de domicilio é hizo fumigar todo cuidadosamente: eso probaría, en algún caso, que la enfermedad no pudo contagiársele, pero,

yo no he sostenido nunca eso; yo he sostenido con mis razones como acabo de hacerlo ante el doctor Argo, que la enfermedad es heredada y no veo que motivos pueda usted tener para imaginar que yo padezco un error

—¿Entónces el doctor Argo no le ha persuadido....

—Un momento—... Ha dicho además usted, que no tiene porque separarme y que tampoco tengo yo porque pretender ser su allegado.

¿Lo piensa usted así? Piense, en buen hora, que no tiene usted porque separarme, pues, en realidad no tiene motivo, pero deseche usted por injusta la idea de que no tengo porque pretender ser allegado; deséchela usted, porque ahora.... más que nunca, deseo yo serlo; ahora, más que nunca me es imposible alejarme...., ahora que ya nada puede separarnos...., ahora que la satisfacción del deber cumplido me la muestra à usted como el premio más deseable el que supera à todas las esperanza, el que es tan grande que casi me quita valor para aspirarlo....

Juana le interrumpió y señalando al reloj:

—Ya han pasado más de cinco minutos—dijo—Me dirijo desde este momento al médico, para preguntarle el resultado de la consulta.

—Sea—contestó el doctor Collins, pasando del calor à la fría calma—No pierdo la esperanza de que me conceda usted, despues, otros cinco—Tras una breve pausa, continuó: —Despues de explicarle, al doctor Argo, los motivos que tengo para creer que la enfermedad del niño es la que he dicho, ha quedado él persuadido de la verdad de mi diagnóstico ...

—¡No puede ser! ¡No, no puede ser!... Le van usted à matar! ¡Ah!... pero, ese hombre no tiene carácter, no tiene convicciones.... ¡doctor, doctor! Esto es brutal!...— y desesperada se dirigió à la puerta por donde había entrado Collins.

—Calma.... ¡Calma por Dios!... La enfermedad carece de gravedad; yo la prometo devolvérselo sano y bueno.... El niño se salvará....

—¡Se salvará!, atacando una enfermedad que no tiene y abandonando la que le aflige!....

—Juanal!... Usted nos insulta.

Juana dió una media vuelta y se detuvo mirándole fijamente, pensativa, como si dudara, de si le arrojaba ó no, al rostro, la prueba en que se fundaba; más, de pronto, llevóse

las manos á la cara, y tuvo como un sacudimiento de repugnancia.

—Juana, Juana ¿qué tiene? ¿Llora? ¿Por qué? ¿Por favor! esconda esas lágrimas, que me aflijen. La enfermedad de Ricardito no es grave: lo repito —El doctor Collins se acercó y la apartó una mano del rostro y siguió con vehemencia hablándola casi al oído.

—No me haga sufrir, no me haga sufrir; yo le prometo formalmente curarle, se lo entregaré sano y alegre.—Usted verá ... y yo seré feliz de ese modo; y entonces, Juana tendré valor para pedirla los otros cinco minutos, que usted debe concederme de atención, y usted me oirá... y será buena conmigo, será indulgente, estará tan tranquila que no se sentirá incomodada porque le cuente todo lo que he padecido desde nuestra separación..., le parecerá justo que yo no quiera separarme de usted, comprenderá todo el deseo que tengo de volver á decirle: «¡Te amo, te amo, Juana de mi alma, porque ya no puedo vivir más sin repetirtelo;—y el doctor Collins abrazola en un arranque apasionado. Ella apoyó la cabeza en su hombro y comenzó á llorar como una criatura, mientras él seguía hablando con precipitación, dejando brotar espontáneamente las palabras —Sí, sí, te volveré á decir te amo, adorándote como á una virgen. ... ¿Te acuerdas?; como en aquellos días en que todo lo olvidamos; pero, ahora lo podré repetir á todo el mundo, en plena luz del sol: «La amo, la idolatro á Juana, porque es mi esposa, es mi mujer!...; y nadie se ofenderá...ni siquiera el otro...¿Verdad; Juana que serás mi esposa? Dímelo, dímelo, que ya no hay porque esperar más. Basta, basta de dolores y ocultaciones; solo nos pudo separar la vergüenza de ser traidores á quien no lo merecía, á quien no tenía sino amor para tí y para mi noble confianza, y porque nosotros éramos buenos y honrados apear de la culpa que se consumó fatalmente;... pero, ahora ya reclama su puesto el amor que nació fuerte y que solo con sobrehumanos esfuerzos, hemos podido contener encerrado en nuestros corazones.... Basta.... basta ya, deja que te lo repita una y cien veces: te amo, te amo!... Dilo tu también.... dilo Juana mía ...; siempre me amas ¿verdad?... Seremos ahora tan felices!... ¡Yo querré tanto á Ricardito!...
—Si, si... —interrumpió Juana. con voz que apenas se percibía, y acercaba su rostro al de Collins, mojándole con sus lágrimas, y en un abandono absoluto continuó murmu-

rando:—si... basta ya.... Quiérela.... ámalola... ámalola mucho porque... porque... Ricardito ¡es tu hijo!., tu hijo... tuyo... tuyo... Por eso... por eso decía que te equivocabas... por eso, porque no es hijo de.... Es tuyo!... Es hijo de nuestra falta, de nuestra culpa....

—¡Juana! ¿qué dices? ¿Pero, es cierto?

—Si... si .., es tuyo: es nuestro... Ahora puedo decirlo... ya; soy viuda y siento que tu me amas...; ¿verdad que antes no podía decirlo, verdad?... ¿verdad que me amas?..

—¡Juana, Juana, alma mía!... exclamaba el doctor Collins con voz desfalleciente, y le apretaba más y más contra su pecho.

FLORENCIO OTERO MENDOZA.

Montevideo, Abril de 1900.

UNA NOCHE EN M...

Había dejado de ver por muchos años á Eduardo Moneaud. Y quien me habia de decir que lo iba á encontrar en plena campaña; en aquel miserable tugurio de M... , reclinado como un beodo, con la faz roja y los ojos centelleantes y fijos sobre la mesa, donde se jugaba el último momento de una partida de naipes.

Naipes inmundos golpeaban secamente sobre la tabla innoble, y á cada choque de la adversidad, pasaba por los ojos de Eduardo Moneaud un relámpago de cólera. Pero no se apartaron un instante de las cartas que se revolvían sin cesar; hasta que el contrario levantó en alto la última baraja y la dejó caer lentamente sobre la mesa como si asestase un golpe terrible y definitivo en la cabeza del vencido. Y rápidamente recogió las monedas, se las metió en el bolsillo y levantóse, como los miserables que una vez repletos abandonan y no juegan mas.

Eduardo Moneaud cerró los ojos. El golpe había sido en efecto definitivo.

No me podía ver á mí que me hallaba cerca de la puerta, sin atreverme á avanzar, ahogado por el aire pesado e insoportable

de la taberna. Pero yo, al observarlo con la ropa deshecha, con la faz congestionada y dolorosa, recordaba sus mejores años, sus tiempos de clubs, de vida mundana en la primera sociedad, y adivinaba que la casualidad, me había deparado asistir al último derribo.

Nunca había sido su amigo, porqué me llevaba bastantes años. Pero así mismo, tuve ocasión de conocerlo, y de oír repetir sobre todo sus aventuras, su audacia, su resolución á toda prueba, empleada generalmente en detestables obras.

En los jóvenes como yo, aquel hombre había ejercido una fascinación extraña. Sus doctrinas eran de las que generalmente subyugan á los veinte años. Recuerdo que siempre decía, «el hombre de honor sólo se conoce en la mesa de juego, ella es la piedra de toque de la delicadeza humana,» y fiel á su máxima, el había permanecido muchas veces hasta el alba, perdiendo, perdiendo siempre, viendo que sus monedas, que sus alhajas, que su reloj, se iban por el agujero abierto por el vicio, y siempre imperturbable, magníficamente sereno, en las noches implacables de desgracia.

Después había bajado de los clubs á los cafés, de los cafés á las tabernas y la ola del vicio lo había arrastrado no se sabe adonde. La vida en la ciudad se le hizo imposible y se refugió en una población de campo yendo á vivir en la única posada, siempre entre el vicio, enviciando á los forasteros, corrompiendo á las mujeres, proponiendo eternamente partidas de naipes, combinando brevajes para formar bebidas raras, imposibles, que causasen alguna sensación nueva á su sistema endurecido por el alcohol.

El contrario después de levantarse, había dado una vuelta por las otras mesas, donde se jugaba y bebía sin cesar, dirigiendo á todos una mirada de satisfacción, en que se reflejaban sus bolsillos repletos, vino hacia mi, á invitarme á tomar una copa á su salud.

Era un hombre bajo, rubio, de cabellos escasos lampiño casi, sin dientes, son la barba y la nariz puntiagudas como ganchos, un viejo prematuro y desagradable. Además había bebido demasiado.

— Ha ganado, le pregunté.

— Si, me contestó, con voz meliflua y falsa que delataba su co-

razón miserable. Hace días que le gano siempre á Eduardo Moneaud, estaba rico, ahora no lo está, tenía cinco monedas de oro ahora no las tiene. — Sin embargo, agregó sonriendo, no le importa mucho, vea como duerme, está borracho.

En efecto Eduardo Moneaud no había abierto los ojos. Lentamente se había deslizado sobre su banco, y ahora se hallaba acostado, con la cabeza hacia atrás, esparcida su gran melena de cabellos grises que había dejado descubierta el sombrero al rodar por el suelo.

Estaba silencioso, insensible como un fardo, en medio al gran tumulto y vocifería de la taberna.

Nadie detenía la vista en él, era un espectáculo de todas las noches.

Y sin embargo, por una extraña casualidad, aquella noche no había bebido. Desde la tarde, sentado á la mesa absorto con las cartas, no había tenido tiempo de beber, después, había perdido hasta la última moneda también su reloj y sus botoneses habían marchado, no le quedaba nada que representase el valor de una copa de ajeno.

No había bebido, estaba sencillamente abrumado. Acababa de llegar al último peldaño de la escalera y de allí una fuerza desconocida lo empujaba aun. ¿Adonde? No podía bajar mas. Hacia el abismo, hacia algún salto enorme y desconocido donde se había de estrellar. Y eso era lo que meditaba, sombríamente desesperadamente, antes de soltar las manos y precipitarse en el vacío. Ascender otra vez era una locura, la fuerza lo empujaba siempre hacia abajo, hacia abajo, detenerse en la última grada era imposible, y el golpe final de aquella noche le había decidido.

Cuando esa decisión se produjo en su cerebro alcoholizado, Eduardo Moneaud abrió los ojos. Se irguió lentamente en el banco y comenzó á buscar con la vista á su contrario. Vamos le dijo con voz ronca y seca. Y ambos sosteniéndose uno en el brazo del otro, desaparecieron por la puerta del fondo de la taberna.

Yo tenía necesidad de pasar la noche allí, pues era la única de la población.

Me fui á ver al posadero.

— Habrá un cuarto disponible, ¿ le pregunté. — Cuarto no, una cama sí, bueno le dije me basta. — ¡Ah los vecinos. Le juro á Vd. que no se moverán hasta mañana, me dijo, cada uno tiene veinte copas en el cuerpo — Ah! dije yo, pero es mala jente! — Nadie es malo cuando duerme, respondió riendo el posadero, y enseguida, con una vela en la mano, echó á andar hasta la puerta de mi cuarto.

La abrí. Confieso, había un fuerte olor á alcohol, nada mas.

Las camas de mis vecinos se hallaban, casi juntas en un extremo de la habitación, la mía situada en el otro extremo, era bastante limpia y ancha. Buenas noches, me dijo el posadero. — Buenas noches, y cerró la puerta.

Antes de desnudarme, hice pasar rapidamente la luz por el rostro de mis vecinos. Ya me lo figuraba, uno de los borrachos era Eduardo Moneaud, el otro, *el contrario* su intimo é inseparable amigo.

Movido por uua gran compasion para el que habia bajado tanto, abrí mi cartera y acercándome cautelosamente, puse sobre su mesa de luz una reluciente moneda de oro.

— Buena sorpresa tendrá cuando se levante, pensé. Y la idea de haber hecho una buena obra me llenó de satisfaccion. Me desnudé lentamente y metime en la cama con ánimo de dormir, pues tenía el cuerpo cansado y molido de la larga marcha del día.

A poco, oí dar las doce en un reloj de roncás y apagadas campanas, que debía estar en el sótano, porquè el sonido subía sordamente como si atravesase el suelo. Estuve largo rato despierto, pero no sentí la campanada de la una, á esa hora, dormia profundamente. No llevaba mucho tiempo de sueño cuando un ruido extraño y fuerte me despertó.

Fué un despertar agitado, sobresaltado. Me incorporé violentamente y exclamé. Quién anda?

Pero nadie respondió, oía solo en medio á la mas profunda calma, la respiracion acompasada de mis vecinos que parecían dormir muy tranquilamente. No tardé yo también en aquietarme, y como nada nuevo oí, quedé profundamente dormido.

Tuve un largo y pesado sueño, pero el mismo ruido extraño y violento de la media noche, volviómé á despertar. Como alucinado me incorporé de nuevo. Y en ese momento la puerta de afuera se abrió para dar paso á uno de mis vecinos.

Y á la pálida luz de la madrugada, pude ver que era *él*, Eduardo Moneaud, que ya vestido con su traje abrochado, desaparecía rápidamente tras de la puerta que se volvió á cerrar. Eduardo Moneaud se iba, senti sus pasos lentos, cada vez más débiles á medida que se alejaba.

Despuès no oí nada ya. Se había ido. Adonde? Nunca jamás lo supe.

Había vuelto á reclinar mi cabeza y dormía otra vez, cuando me pareció de nuevo oír ruido. Mi corazon comenzaba á latir agitadoamente, la sangre me golpeaba atrozmente en las venas. Algo extraño me parecía todo lo ocurrido aquella noche. Me incorporé de nuevo y grité. — Quién anda?

Silencio.

— Quién anda? volví á repetir.

Silencio absoluto.

Y á medida que aguzaba el oído me daba cuenta de algo *sorprondente*. El silencio era completo, absoluto, un silencio de *muerter* reinaba á mi alrededor.

Quién anda? Volví á repetir en voz cada vez más alta, como evocando la voz del silencio, Y entonces advertí una cosa, una cosa que parecerá imposible, mi vecino *no respiraba*. Era indudable, yo no oía su respiración acompasada, pero él estaba allí, podía ver á la luz que entraba ya por las anchas endijas de la ventana, sus contornos rígidos bajo las ropas, y en la sombra se adivinaba su cabeza inmóvil, reclinada sobre la almohada. Una de las camas estaba vacía, pero la otra no, y sin embargo yo no oía la respiración de mi vecino. Y una idea confusa pero extraordinaria y terrible fué apoderándose de mi espíritu.

Miré el reloj, eran las cuatro. Inmediatamente, en la semi oscuridad de la habitación, comencé á buscar mi ropa, apresuradamente. Luego traté, sin moverme de mi sitio, de investigar algo sobre mi vecino. Seguía inmóvil, *perfectamente tranquilo*. Cerca de él

la cama de Eduardo Moneaud se hallaba vacía, con las ropas revueltas, y sobre la mesa de luz irradiaba débiles destellos dorados, la moneda puesta por mí. Eduardo Moneaud no la había tocado. Era demasiado tarde ya. Me vestí con increíble celeridad, en silencio siempre para no perturbar el *sueño* de mi vecino, y después de tomar mi cartera de viaje, me dirigí á la puerta y la abrí prestamente como si algo horrible me empujara fuera de la habitación. La misma pálida luz de la madrugada, amarilla ahora con tintes siniestros inundó un instante la habitación. Un solo terrible instante que fué veloz como un relámpago que alumbró una escena inesperada y brutal.

Sobre la cama, reclinada la cabeza en la almohada, tal como yo la había adivinado en las sombras, se hallaba mi compañero, con los ojos abiertos é inmóviles y el rostro amarillo y desfigurado como una máscara de muerte.

Las ropas le cubrían hasta el cuello. Yo no ví mas que su cara y su *expresión*. Pero no la olvidaré jamás. Cerré la puerta con violencia y con paso rápido atravesé el patio y salí á la calle.

Todavía la diligencia no estaba preparada, recién los caballerizos comenzaban á uncir á sus bestias. Ellos me vieron salir como probablemente habrían visto al otro. y recuerdo que uno me dijo al pasar. — Hoy no hay que despertar á los vecinos de su cuarto. Y tenía razón, porque *el* y yo nos habíamos levantado antes del alba y, en cuanto *al otro* creo que dormía para siempre.

Después he pensado que si la noche pasada en M... no fué pesadilla mía, el posadero y sobre todo aquellos soñolientos caballerizos tendrían la duda sobre cual fué el asesino si el que salió primero ó el que salió después, Si Eduardo Moneaud, ó yo.

J. C. BLANCO ACEVEDO

PASTOR S. OBLIGADO

TRADICIONES DE BUENOS AIRES

Para la «*Revista Literaria*»

Tenemos á la vista un grueso volumen de trescientas páginas, de nutrida lectura, el cual contiene la quinta serie de las *Tradiciones de Buenos Aires*, que hace años viene escribiendo con este título, el Doctor Don Pastor S. Obligado. Acompañan á esta como apéndice, varias opiniones de escritores americanos y entre ellas, sirve de juicio crítico ó prólogo de la obra, una interesante carta literaria del poeta argentino Don Carlos Guido y Spano. En el orden literario, la tradición, da cierto carácter nacional é imprime el sello característico del sentimiento de los pueblos. La fisonomía y el carácter de las nacionalidades, podría estudiarse precisamente, sinó detenidamente, al menos con ciertas ventajas, recurriendo á examinar las condiciones típicas de este pensamiento, el cual contribuye especialmente á determinar si no la parte vulnerable de la historia, al menos señala el carácter del país, copiando en la Tradición los usos y costumbres de los tiempos primitivos, que tan bien dicen y expresan el pensamiento de entonces. Sobre estas aspiraciones del sentimiento humano, en armonía con la inteligencia del hombre, sujeta la idea al orden sintético, existe algo superior á todo que está en analogía con estas aspiraciones: La verdad, que es la que liga el pensamiento á los caracteres, pero verdad que constituye lo cierto y une los hechos con lazos indestructibles, es el único medio que aventaja á las naciones, dando nervio y vida al pensamiento ó el fondo de verdad que debe unir el ideal del escritor, para que sus producciones lleven la pureza de la expresión. Pero se objetará si es lógico que á la Tradición, se exija ó se pida verdad, y algo

de cierto á todos sus alcances y manifestaciones. La tradición resulta á veces, un cuento fantástico, como también suele ser la realidad de lo que ha ocurrido, en tiempos pasados y bien se cuenten los hechos en una ú otra forma literaria. Porqué es opinión general, que la Tradición comprende á una série de estudios distintos, á lo que es la historia, que no admite vaguedades de ninguna especie, sinó que por el contrario, establece la confirmación exacta de lo ocurrido, y en cambio la otra es lo que se viene repitiendo, por mas que hay casos en que se sujeta á hechos ciertos; pero que no siempre tiene la misma consistencia que aquella. Sobre este punto dice el tradicionalista Palma, (Don Ricardo,) que un escritor meritísimo Don Joaquin V. González ha dicho que *La Tradición es la Historia de los plueblos que no tienen Historia*. La frase es bonita y nueva. La Tradición puede ser, sostiene, una de las partes auxiliares de la Historia, pero no que esta alcance á ser la historia misma. Cuatro siglos cuenta ya la América, de vida civilizada y su historia está muy lejos de basarse en tradiciones. El historiador tiene en mucho los documentos, y en poco ó nada los díceres del pueblo. Hasta para la Historia de los tiempos precolombinos, á falta de escritura uniforme, de geroglíficos como los códices mayas y mexicanos, y de guipus peruanos están los monumentos de piedra, convidando al investigador a severo estudio sobre la vida y civilización de pueblos cuyo origen sigue envuelto en la noche del misterio. Para el que sepa ó alcance á leer en la piedra como en un documento, no es la Tradición la que le habrá servido de gran cosa para reconstruir la Historia. Hemos hecho esta cita apropósito de la opinión de muchos, que confunde una doctrina con la otra y creen que resulta lo mismo, pero con lo dicho es suficiente para que el lector se penetre bien, de la enorme distancia que media entre estas dos escuelas. El cultivo de la Tradición, por lo mismo que requiere un estudio de mucha paciencia, para reunir tanto

dato compulsando manuscritos y recurriendo en otros casos, á publicaciones viejas. no ha tenido como es natural imitadores en abundancia, sinó que por otra parte, los que los han hecho así, han ensayado malogrando la empresa, á cambio de otros que han mentido soberanamente y es por eso que América cuenta con limitado número de escritores de esta índole. Puede decirse que el único que hasta ahora ha mantenido á mayor altura la Tradición, lo ha sido, el señor don Ricardo Palma, que al fondo de verdad en sus creaciones, ha unido el estilo puro y castizo que se destaca en todas sus producciones. Ha ligado al sabor de la tierra el tono que requiere esta clase de trabajo, unido á la verdad que tanto armoniza y enaltece el conjunto de la obra. Por esto la mayoría de los tradicionalistas ni merecen la pena se les mencione, porqué no han hecho mas que copiar el trabajo de los demás, se han presentado exponiendo ideas de otros. A excepción del joven ecuatoriano Alberto Arias Sánchez, que ha reunido en sus *Cuentos populares* rasgos originales, traduciendo en esta forma lo que cuenta la Tradición, pero ajustándose en primera línea á hechos reales y á puntos de la historia de su patria. Ahora entrando á aclarar ó bien á estudiar, la fisonomía literaria de la obra del señor Obligado, nos detendremos un momento, á examinar su fondo y el pensamiento, que a nuestro juicio, ha guiado principalmente al autor. Comprende esta série el tomo quinto, y el doctor Obligado con una minuciosidad admirable, comienza por describirnos La iglesia del Susto y continúa luego con La conspiración de los franceses, El que dió la primera bandera, El primer monasterio, El Hímnico Nacional, La casa del encuentro, El salón de madame Maudeville, La última cargá, Un príncipe alcalde en la Coloina, E. que arrebató la bandera, Suicidio-manía, El balcón del señor Riglos, Palermo, El Fundador, La última parada, El cuarto de San Martín, Amor que mata, Amor silencioso, Traición de amigo, La bandera salvada por

un río, La tertulia del señor Guerrico; La muerte de un héroe, ¿Que se ha hecho el estandarte? Un milagro en la Pampa, Centenaria, El primer periódico, El primer tipográfico; y El primer almirante. A nuestra juicio, el doctor Obligado proporciona un acopio completo de datos, y demuestra una observación poco común, si bien no le acompañamos en algunos puntos históricos, que nos parece ha dominado el pincel del artista, la pasión, y á la cuál no ha podido sustraerse así nomás, obedeciendo á ideales arraigado en el el cerebro. La memorable batalla librada en los campos de Ituzaingó, hecho de armas que decidió la independencia del Estado Oriental, no se debió el triunfo mas que á la pericia del general en jefe que la mandaba, el ilustrado militar don Carlos de Alvear y al valor denodado de los demás jefes que le acompañaban. Hemos notado, igualmente, que en algunos de estos estudios, en muy pocos, el autor ha desviado la mente del primer proposito, porque en tradiciones como *Suicidio-manta*, no se adopta en un todo á lo que aquella deba ser. La Tradición oral debía solo someterse á establecer como punto de apoyo, el primer suicidio que se llevó á cabo en el país, pues entendemos que así es como se ajusta el verdadero pensamiento de la obra, tal cual es el de establecer primero lo que trasmite la voz del pueblo al través de los años. Y por mas que encontremos, en las *Tradiciones de Buenos Aires*, naturalidad en los cuadros, y estilo sencillo para describirlos, en cambio en algunos de estos hubiera convenido mas luz de colores en los bosquejos ó mas vida en las escenas patrióticas, donde el maestro Palma hizo tanto derroche abundando en imágenes y creaciones hermosas. Por lo demás son dignas de mención las tradiciones que llevan por epigrafe *El primer periódico*, por la abundancia de datos y de una observación tan prolija que recomiendan y enaltecen sobremanera á su autor, y *El primer almirante*, que ha sido escrito, no solo con acopio general de datos, sino que también con

macho sentimiento, en que el alma del artista ó del que piensa con el corazón en vez que con la cabeza, supo arrancar notas de subido patriotismo en aras del amor á la patria, y de esa pasión profunda que se desprende del cariño á los suyos.

NORBERTO ESTRADA

Montevideo Abril 11 de 1900.

BORRONES

A Raúl Montero Bustamante.

No se porqué la tristeza de nuestro espíritu cuando se encuentra bajo el peso de crueles sufrimientos, parece el fiel reflejo de la tristeza general, de la melancolía profunda de todo lo que nos rodea. Es sin duda, porqué cuando sufrimos ó estamos embargados por trasportes de alegría, porqué cuando nuestra entidad psicológica está alterada ó deprimida, lúcida ó normal, menos todas las cosas á través del prisma de nuestros mismos pensamientos, de nuestras propias ideas.

Era por eso, era obedeciendo á esa ley general de cumplimiento casi matemático, que Edmundo, abrumado por el fallecimiento de su querida madre, del único ser que con él habia escapado del huracán impetuoso llevado por la muerte á un hogar antes feliz, veía todo cubierto por el negro manto de las desdichas y del sufrimiento.

La herida abierta en su generoso corazón lleno de puras afecciones no desparecería sino cuando alcanzara el sueño eterno, el sueño del descanso supremo.

Edmundo era un artista apasionado. Vivía ultimamente en una misarable buhardilla de unos de los barrios del sud de la ciudad; en uno de sus rincones se veía una antiquísima cama de hierro y junto á ella un cajón, que hacía las veces de mesita, sobre el cual colocaba su candelero de cobre ya tan oxidado que parecía al mirarlo una de esas lagunas de las afueras casi cubiertas por el verde engañoso de las plantas acuáticas. Había allí también un viejo sofá que al sentir sobre él el menor peso, crujía, cual anciano dolorido por la acción constante de los años, pidiendo con sus dolorosos ayes, compasión y descanso para su desarticulado esqueleto, que tanto había corrido, y que tantos servicios había prestado. Completaban aquel cuadro de miserias, aquel mobiliario de pobre artista, un caballete de color indefinible, mas bien dicho: de un número incalculable de colores variados. Junto á él, cuantas horas, cuantos días se había pasado sin comer casi, alimentado por su pasión artística, dando pinceladas cuyo conjunto produciría una obra maestra de grandes méritos!

¡Ah! Si aquel ser no poseía riquezas, si había sido abandonado por la fortuna, en cambio poseía un tesoro inagotable: su imaginación era rica, riquísima en concepciones geniales

Innumerables eran los bosquejos y estudios de artista inspirado y trabajador de grandes alientos que llenaban las paredes de su habitación. Aún conservamos uno de aquel amigo tan pobre como generoso, recuerdo que conservaremos siempre como prueba de reconocimiento á una amistad sincera y de admiración á su talento que llegaba á los límites del genio.

Estábamos á mediados de Junio de 189... Era aquel un día de riguroso invierno, en que un viento frío como el hálito de la muerte helaba la sangre en las venas y endurecía los músculos de tal modo que hacía casi imposibles los movimientos articu-

lados y obligaba á arrimarse á las estufas.

Aquel día, tal vez el mas triste de la estación, debía ser también el mas triste para la pobre morada del artista infatigable, que luchaba sin descanso arrastrado por una pasión ardiente y por las múltiples necesidades de la vida.

Edmundo quebrantado ya de tiempos atrás, había caído víctima de una cruel enfermedad de marcha sumamente rápida. La muerte, injusta como nunca, elegía á aquel ser acreedor á una mejor suerte, á aquel ser que tantos sacrificios tenía en su vida y a quién el arte tanto le debía.

La casualidad quizo que llegáramos en sus últimos momentos y que oyéramos de sus trémulos labios el adiós postrero, e adiós del que emprende el viaje eterno.

Ya no existe el amigo querido, el artista inspirado, el que daba luz y vida con sus pinceladas maestras, pero existe, si, en nuestro espíritu una impresión profunda, un recuerdo doloroso, que jamás el tiempo podrá borrar.

CARLOS BUTLER

==
¡SIGAMOS!

Sigamos lo! sigamos por la escabrosa senda
Que al fin de estas miserias habrá tiempo mejor;
Tu serás en mi vida la estrella que me guie,
Yo endulzaré tus días con mi ferviente amor.

Sigamos adelante; no inclines no, la frente,
Por que la suerte, hoy negra nos hiera ¡ten valor!

Yo soy mujer y lucho por que luchando espero
Vencer tanta desdicha, vencer tanto dolor.

ERNESTINA MENDEZ REISSIG.

Verano del 1900.

GOTAS DE AJENJO

Para el poeta amigo Raul Montero Bustamante.

MEDIA NOCHE

Como brillan, como rien, las pupilas soñadoras de la noche;
Como ritman sus canciones, los fantasmas que en las sombras,
Embriagaron con el néctar de los dioses, las bacantes,
Las orgiásticas deidades, de supremas ansias locas....

Como sufre en las alturas, la viagera solitaria.
La abandonada amante de un Rey á quien adora....
Como oculta á sus hermanas, la pasión que la consume.
Cuanto sufres, cuanto sufres,—¡oh viagera solitaria de las sombras!—

Hay un lirio ensangrentado que agoniza en el sendero.—
Al decirle una estrofa, lo hirió con sus agravios, una rosa.—
Ven mi amada, libemos una lágrima de la viagera histérica,
Oh, mi hermosa, mi pálida Julieta!—en la sangrienta copa!

Mira como, languidecen, como se agostan las azucenas,
Que con sus corolas, color de cielo, la senda alfombran....
Conmuévelas la noche, con su silencio, con sus misterios,
Con sus fantasmas tétricos de horribles formas....

Que extraños gritos, que ruidos lúgubres, parten del bosque.
Los faunos hambrientos, de ansias bestiales, que en sus sombras moran.

Celebran sus orgías sus saturnales, y escacian vinos,
En monstruosos cráneos humanos que se desbordan....

.....
.....
Como rien, como danzan en la senda, las bacantes!
Como brillan, de la noche, las pupilas soñadoras....
Como ritman, en el bosque, sus canciones, los espectros!
Cuanto sufres, cuanto sufres, oh viagera solitaria de las sombras!

JUSTINO JIMENEZ DE ARECHAGA (HIJO)

Montevideo, Abril de 1900

A MI PRINCESA

Mi princesita de ojos azules
Dime ¿qué tienes?
Por que me miras con tanto enojo,
Con tanto enojo si es que me quieres?
Te han dicho, acaso, que no te adoro
Con toda el alma?...
¡Mírame alegre mi princesita,
Mi princesita de ojos azules
Como las aguas!...
Que me sonrían llenos de gracia
Tus lindos ojos,
Y me acaricien tus largos rizos,
Tus largos rizos de seda de oro!
Y me repitas á cada instante
Que me idolatras....
¡Cuanto te quiero mi princesita,
Mi princesita de ojos azules
Como las aguas!...

ASDRUBAL E. DELGADO.

DE MI TIERRA

(Impresión)

En lo alto de la cuchilla, mostrando sus paredes blancas las casas de la *Estancia* daban una nota alegre entre los monótonos tintes verdes de los pastos, que, como formando cintura rodeábanlas; á su frente, reguardándolas de los ardientes rayos solares se alzaban dos soberbios ombúes que, al buscar sus ramas, la altura en el vacío, sus reices aferándose más en la tierra habían roto la superficie, formando hoy cómodos asientos.

Bajo la bóveda que forman sus ramas al cruzarse y á las primeras horas de la noche, cuando pasado el crepúsculo, la oscuridad se extiende por todas partes y cesa en el monte la algazara de sus habitantes y solamente cruza los aires el vuelo de la lechuzza y brillan en la sombra los ojos de codicia de los zorros; miraba como el cielo se encapotaba con los nubarrones que, subían del horizonte, tapando las estrellas que titilaban como con miedo un momento en sus bordes, para desaparecer detrás de su espesor.

Se oían muy cerca mugidos de timbres suaves y á la vez tristes como que eran llamados de hijos a madres, voces de ansias del débil al fuerte; los terneros de las lecheras, que encerradas en su corral desde la tarde, esperaban impacientes la contestación á su llamado que, de vez en cuando era contestado por los mugidos graves de las madres que pastaban cerca de allí.

Uno que otro balido venía del lado de la manguera y los alertas de los *terros*, al sentir cualquier movimiento cercano, eran notas de un himno á la noche en la apacible soledad de los campos.

Otras veces, entre todos esos ruidos, sobresalían los armoniosos sonos de una guitarra, que partían por la pequeña puerta de

la cocina de los peones, mezclados con la luz de candil y fogón y el olor á carne asada, y se perdían allá en las sombras, llegando quizás, hasta no lejanos ranchos donde habitaban prendas de amor.

Hubo momentos en que, como por mandato, todo calló y solo se sentía el murmullo del silencio que, parecía subir del valle, donde se veía una línea negra que á veces se ensachaba, era el monte siguiendo las sinuosidades del arroyo, en cuyas aguas bebían toda su savia los árboles que, oscurecían, aún más, con su espesura sus orillas.

Esa tendencia á la sociabilidad, que todo ser tiene, se hizo sentir en mí con más fuerza, en medio de aquella soledad y guiado por la voz sentimental del cantor fui aproximándome.

Formando medio círculo frente al fogón, en el cual bullía una caldera, y mientras el guitarrero templaba su instrumento, se encontraban unos ochos paisanos pasándose de mano en mano la enorme galleta con bombilla de lata, y entreteniéndose el intervalo, con los comentarios de las faenas del día; era de oír como en su jerga pintaban, gráficamente, en un solo término, incidentes difíciles de describir en un párrafo.

El cantor arrancó un acorde, despegó sus labios, y un triste brotó al unísono de las notas lanzadas por la guitarra.

Separado del fogón, sentado en un tronco, rescostado á la pared, apareciendo entre sus desalineadas barbas blancas unos ojos casi apagados, y mostrando una cicatriz que, cortando sus arrugas, bajaba desde el medio de la frente y se perdía en el pómulo de recho, se encontraba el Viejo, como lo llamaban en la *Estancia*, tipo de aquella raza que su vida fué de eterna lucha por la libertad de su tierra, cargando, como únicas armas, su facón y su lanza, sintiendo más de una vez el frío del acero al penetrar en su cuerpo, y viendo quebrarse el asta de su lanza al entrar las medias lunas en los pechos de los contrarios, ejemplar de la raza cuya piel se componía de caprichosos geroglíficos formados por sus incontables cicatrices. En el momento en que yo me fijaba

en él, que, con la cabeza caída sobre el pecho, parecía abstraído en sus pensamientos que, indudablemente pasarían en tropel, desde sus recuerdos de amores en el *pago*, hasta sus momentos de prueba en que, ginete en pelos en su caballo de pelea, con la lanza en ristre se lanzaba á la carrera contra las filas enemigas, hasta que debilitado por la pérdida de sangre que brotaba de sus heridas y por el cansancio de la pelea, caía, oyendo los toques de victoria, de las trompas de su escuadrón.

Al contemplarlo, se atropellaban en mi memoria, fechas, batallas, mil detalles de nuestras viejas luchas y no podía menos que entristecerme al ver el aniquilamiento de aquel hombre que fué al decir de los paisanos, bravo como las armas y acostumbrado á la lucha de arma blanca y no, (como decía el Viejo al hablar de nuestras últimas guerras) á matar científicamente.

Un iudiecito le alcanzó un *mate*, que él saboreó, levántose, pidió un tizón, encendió un *pucho* que dormitaba pegado en el labio, dió las buenas noches y salió.

Al enfrentar la puerta, la luz al tropesar con su cuerpo, formó en el suelo su sombra tres veces más grande y que á mi se me figuró su obra.

Como había desaparecido el Viejo en la oscuridad, así también desapareció su raza con la ignorancia de sus hechos, legándonos en sus descendientes los gérmenes de amor á la Patria, con los nuevos de trabajo y paz.

¿Será que el germen guerrero, cansado, se volvió pacífico?

No, el ideal alcanzado lo mitigó, pero cuando la libertad cesa el germen bulle en la sangre de la raza nueva, el brazo se arma descargando golpes más fuertes pues su músculo ha sido formado por el trabajo.

Las nubes al chocarse se deshicieron en menudas gotas que cayeron sobre los pastos, llegando hasta nosotros, ese olor á tierra recién mojada que ensancha los pulmones, olor á vida.

Calló la guitarra, el fogón casi extinguido fué cubiertos con

cenizas y con las buenas noches contestadas por el hasta mañana, nos retiramos bajo la lluvia que caía monótona, sobre el campo dormido.

ANTONIO CERRATOSA CIBILS.

Abril, 1900.

CONFESION

A Delia.

I

Abro mi corazón noble y profundo
Y confiado lo entrego á tu destino.
Como Colón yo he descubierto un mundo.
Bajo la luz de tu mirar divino.

Tu sabes comprenderme. Yo ignorado
Entre la inmensa oscuridad vivía;
No es hora que te cuente mi pasado,
No ha llegado el momento todavía.

¿Quién en la amarga noche de la vida
No ha tenido por cárcel los dolores?
¿Si hasta en la misma tierra prometida
No son eternas sus lozanas flores!

El campo de la vida es un combate
Y es preciso luchar con heroísmo,
Yo soy de aquellos que el dolor no abate
Aunque rodara hasta el profundo abismo.

Tengo luz que ilumine el pensamiento,
Corre sangre de bravos por mis venas,
Y entre mi frente de poeta siento
Un mundo de ilusiones y de penas!

No es fuerza que tu luches, ni tampoco
Jamás intentes detener mi vuelo,
Colón dió un mundo y le llamaron loco,
Un mártir fué Jesús y escaló el cielo.

No intentes nunca detener mi vuelo,
En alas voy de la ilusión soñada,
Quiero llegar hasta ese mismo cielo
Donde alumbra la luz de tu mirada.

Y déjame seguir, no intentes nada
Aunque veas la mar embravecida,
La ola que se alza encrespada
Tiene por fuerza que rodar perdida.

La idea que en mi frente reverbera
La santa inspiración, fuente es de amores.
Se asemeja á la hermosa Primavera
Con su cielo, sus campos y sus flores.

Es toda para tí, te he consagrado
En el inmenso amor de mis amores,
La noche con su cielo estrellado
La aurora con sus pájaros y flores.

Y aunque en mi frente pálida no ciño
La corona inmortal que dá la gloria,
¡Que más gloria, mi bien, que tu cariño,
Que más lauro que viva en tu memoria!

SEGUNDO FLORES (HIJO)

Abril 16 1900.

EL ULTIMO ENSUEÑO

I

Pedro Berthi, acababa de tirarse del lecho. Aquella mañana glacial de invierno, llena de nieblas y de tristezas le hizo mucho mal. Su alma sintió un escalofrío ante aquella bruma densa que flotaba en la atmósfera helada.

Miró el almanaque y se estremeció: ¡25 de Julio!... ¡Dios mío!.. aquel golpe acabó de trastornarlo.

¡25 de Julio!... repitió más bajo aún, como un sueño, sí, justo.. ¡45 años!... y se quedó mudo, alhelado, como aturdido ante aquel golpe brutal y terrible de la realidad.

Aquel doloroso mutismo duró largo rato, Pedro Berthi, caído en esa postración enorme y enervante que sucede á los golpes demasiado fuertes, permanecía aún aturdido, todo dolorido, como si le hubieran estrujado brutalmente.

Cuando alzó la frente un rayo de sol, pálido, amarillento, casi frío, atravesando la bruma le besó en los ojos.

Pedro Berthi se estremeció. Se alzó del *chaise longue*, y se acercó al espejo. La superficie bruñida del cristal, le devolvió su imagen cansada, horriblemente cansada, con su cutis pálido, dolorosamente envejecido, con sus profundas ojeras, y aquellos labios descoloridos, marchitos, plegados en una amarga mueca de dolor, sus ojos hundidos y febriles, y sus cabellos grises, horriblemente grises, que le caían sobre la frente marchita y envejecida.

Pedro Berthi se sintió desfallecer, sus ojos se enturbiaron, sus labios flácidos, aquellos pobres labios descoloridos y marchitos

balbucearon algo,—acaso palabras de protesta contra el tiempo,—sus piernas temblaron, y como un niño, con la garganta llena de sollozos, se arrojó otra vez sobre el *chaisse—longue*, y lloró, lloró desconsoladamente, con ese llanto abrumador de lo irremediable, con esa amargura infantil y desconsolada de los viejos. Pedro Berthi estaba viejo. Y allí, en aquel cuarto que le recordaba su juventud y sus triunfos, lleno de retratos de sus queridas, en aquel santuario de sus aventuras y de sus locuras de juventud, Pedro, se sintió aún más viejo, más cansado, más impotente, más desconsolado.

II

Pedro Berthi entró al salón. Aquel ruido enorme y ensordecedor le aturdió. La música reía en un wals lleno de alegría y de juventud. Las mujeres pasaban, pasaban, en un desfile incesante, embriagadas, lúbricas, lascivas, enervadas por el calor y la música, temblantes y lánguidas en los brazos de los hombres, que las atraían en un abrazo brutal y potente; senos desnudos, miradas provocativas, carcajadas en que se adivinaban sollozos, ojos en los que se asomaba la muerte, labios en los que temblaban maldiciones, fuentes que ocultaban odios, venganzas, rápidos aleteos de pasión, besos furtivos, ensueños fujitivos é infantiles, y todo todo en ronda acariciadora y fantástica desfilaba ante Pedro Berthi, inmóvil, subyugado, dominado, atraído.

Y sus ojos se enturbiaban, todo aquello lo veía tras un tul, un tul leve y casi transparente que le mostrara aquello, pero muy lejos, muy lejos, como si lo separara una inmensidad. Y en medio de aquel ensueño, de aquella visión arrobadora y triste para el alma del libertino, alguien le tomó del brazo y le arrastró al jardín. El se dejó llevar sin voluntad, como una máquina, sin oponer resistencia; y fué á caer allá, en un ángulo del jardín, bajo un dosel de verdes hojas y de flores exóticas, lleno de perfumes lánguidos y enervantes. Y

cuando sintió que dos labios se pasaban sobre los suyos, que una caricia enorme y lánguida le envolvía todo el cuerpo, que toda su carne se estremecía en un espasmo doloroso y sublime, Pedro Berthi, despertó y se encontró otra vez frente á frente á la realidad, en aquella mañana glacial llena de nieblas, frente al alma-naque implacable, que le mostraba con números negros aquella fecha fatal: ¡25 de Julio!

Aquel había sido su último ensueño.

RAUL MONTERO BUSTAMANTE.

Abril 1900.

Notas de Redacción

La REVISTA LITERARIA agradece efusivamente á la prensa en general, las palabras elogiosas que le ha dedicado é inicia el canje correspondiente.

Nuestro particular amigo Alimo F. Gallardo, nos ha honrado con un hermoso trabajo que por inconvenientes de última hora y estando ya en máquina la Revista, es necesario retirar. Disculpemos el amigo; que en el próximo número, ocupará sitio de honor.

Deseosos de cumplir en un todo nuestro programa ponemos desde ya, nuestras páginas á la disposición de quien quiera honrarnos con su colaboración, previniendo que diremos buena acogida á los trabajos que se nos manden, siempre que éstos no ul-

trapasen los límites que nos hemos señalado de antemano.

—

En ésta sección anunciaremos toda obra de la que se nos remita un ejemplar, y nos ocuparemos de ella, según su importancia.

—

La correspondencia debe dirigirse á nombre del Director, Redactor ó Administrador, á nuestras oficinas calle del Rincón núms 51, primer piso.

—

Por falta de espacio, dejamos para el número próximo varios trabajos que se nos han remitido, pidiendo á sus autores, nuestras sinceras excusas.

====